

EL PERSONAJE EN EL MITO Y EL MUNDO EN LA NOVELA *AURA* DE CARLOS FUENTES

Muñoz Manyoma, Jesenia Carolina*
Venezuela

Resumen

La literatura es un espacio dispuesto en toda plenitud al hombre, en función de abordar nuevas formas de visualizarlo en el mundo y la existencia; un lugar donde la imaginación se libera y en ese estado de liberación le es realizable todo lo querido, soñado e imaginado, incluyendo sus terrores e incapacidades. El arte surge como expresión de la cultura significando una de las múltiples maneras de representar al ser humano y su semiósfera. Toda cultura posee textos artísticos los cuales la identifican, en este aspecto los mitos son considerados como una de las más relevantes formas para expresar el sentido desde sus orígenes, encontrándose marcada en estos la huella cultural de la humanidad. La novela es uno de los textos engendrados en la cultura, por lo tanto, en ella lo mitológico tiene lugar. En este trabajo abordaremos el tema literatura y mito enfocándonos en la novela *Aura* (1962) cuyo autor es Carlos Fuentes. En la trama narrativa ambos literatura y mito se entrelazan para reformular la realidad, generar nuevos sentidos acerca de la existencia. La magia, lo maravilloso y la imaginación creadora irradian en su máxima expresión, el tiempo mítico se hace presente rompiendo con lo cotidiano y adoptando otras formas de vida, por lo tanto nos es menester interpretar el movimiento del personaje en el mundo mítico de la novela.

Palabras clave: Novela, cultura, mito, personaje-identidad-sujet, mundo.

Abstract

Literature is a space provided in all fullness to man, according to address new forms of display in the world and existence, a place where imagination is released and in that state is realizable release everything you wanted, dreamed and imagined, including their fears and disabilities. The art emerges as an expression of culture meaning one of the many ways of representing the people and their semiosphere. Every culture has artistic texts which identify it, in this regard myths are regarded as one of the most important ways to express the sense from the beginning, being marked in these cultural footprint of humanity. The novel is one of the texts generated in culture, therefore it is the mythological place. In this work we address the issue by focusing on literature and myth, the novel *Aura* (1962) authored by Carlos Fuentes. In the narrative plot both literature and myth intertwine to reformulate reality, generate new meanings about life. The magic, wonder and creative imagination radiate at its best, mythical time made present by breaking with the everyday and taking other forms of life, therefore it is necessary we interpret the movement of the character in the mythical world of the novel.

Keywords: Fiction, culture, myth, character-identity-sujet, world.

*Licenciada en Castellano y Literatura de la Universidad de los Andes-Trujillo.
E-mail: yesenia1_carolina8@hotmail.com

Finalizado: Trujillo, Agosto-2011 / Revisado: Agosto-2011 / Aceptado: Septiembre-2011

El ser humano, desde tiempos inmemoriales, ha estado congregado a lo mitológico, dando respuestas a todas aquellas interrogantes que puedan acechar su mente, por lo tanto, no imaginamos una cultura sin mitos. Es aquí donde reside su riqueza y, cuando queremos conocer sobre una cultura, debemos indagar en sus mitos, por ello, el mito permite la interrelación de sus integrantes generando cierto sentido de pertinencia y de identidad. Así mismo, generan al hombre gran cantidad de conocimientos sobre el cosmos y su existencia, aún y cuando el conocimiento absoluto de ello es inalcanzable. Sin embargo, surge la literatura y los mitos como una forma de esclarecer muchas de sus inquietudes, mediante la creación de otras realidades y mundos posibles.

Aparece así la importancia de la imaginación para el ser humano, definida por Paul Ricoeur (2001) como imaginación creadora, siendo una de las más grandes virtudes que posee, a través de ella puede crear otros mundos alternos a la cotidianidad, creando tramas narrativas donde se hallan relatadas las vivencias humanas en el esplendor o cadencia de sus posibilidades, destacando las aventuras, deseos, temores y terrores experimentados por estos. La novela, es un espacio donde el hombre puede mostrarse a plenitud. Ésta, organiza esa posibilidad de mundo a su manera, el escritor lleva a ella el mundo en sus lenguas. Al llegar nosotros, tal mundo comienza a contar de nuevo.

En tal sentido, la novela instaura un juego con las posibilidades, siendo una de las más relevantes la concepción del tiempo, donde se rompe con el curso lineal y toma distintas formas, amoldándose a la imaginación del hombre, pudiendo ir hacia el futuro, alterar el presente o regresar al pasado. Tal es el caso del mito donde el tiempo regresa periódicamente y se manifiesta de forma circular, de allí lo interesante de la novela, especialmente la novela latinoamericana, no desestima lo mitológico y lo ficcional, cosa que se ha conservado a lo largo de la historia

del arte, específicamente en la narrativa, pues, dentro de la cultura se ha tenido una importante valoración en cuanto a lo sobrenatural, las fuerzas de la naturaleza y la presencia de dioses, creencias muy arraigadas en la identidad del hombre latinoamericano.

Una de las novelas en las que encontramos estos rasgos muy marcados es en *Aura*, escrita por el mexicano Carlos Fuentes, quien en su estética adopta estos rasgos latinoamericanos, combinados con la magia generada por la imaginación creadora.

Una poética del mito: La casa de Consuelo

En la trama de *Aura* los espacios están marcados y delimitados respectivamente configurando mundos. El espacio de la ciudad representa el mundo externo con respecto al espacio de la casa el cual va a simbolizar el origen y por ende configura el mundo mítico y, el lugar centro de la novela, lugar de la dinámica simbólica generada por las acciones de Consuelo. La casa, entonces, es el espacio donde los acontecimientos se dan de manera repetitiva, la misma comida, a la misma hora, el rutinario silencio y la frecuente oscuridad.

Cada espacio está habitado por sus personajes y estos se vinculan a sus acciones. Su existencia se da en una estrecha relación del espacio con ellos, es decir, una relación análoga del personaje con el entorno que ocupa y en el cual se desenvuelve. El cuerpo del personaje en su identidad se expresa y amplía, o se hace caduco en la narratividad de su movimiento en una espacialidad a la cual se le agrega una noción temporal. Tales lógicas se enfrentan y se constriñen en la novela en tanto que Ciudad-Felipe → Casa-Consuelo, entran en un sistema de relaciones para representarse en la trama narrada.

En este sentido, el espacio de la ciudad está habitado y representado por Felipe Montero quien al comienzo de la novela se describe como un joven cuya vida cotidiana transita y se desarrolla en un mundo moderno y agitado:

Esperas el autobús, enciendes un cigarrillo... el autobús se acerca y tú estás observando las puntas de tus zapatos negros. Tienes que prepararte. Metes las manos en el bolsillo, juegas con las monedas de cobre, por fin escoges treinta centavo, los aprietas con el puño y alargas el brazo para tomar firmemente el barrote de fierro del camión que nunca se detiene, saltar, abrirte paso, pagar los treinta centavos, acomodarte difícilmente entre los pasajeros apretujados que viajan de pie, apoyar tu mano derecha en el pasamanos, apretar el portafolio contra el costado y colocar distraídamente la mano izquierda sobre la bolsa trasera del pantalón, donde guardas los billetes (Fuentes, 1990, p. 191).

Uno de esos días estando en un cafetín, tomando una taza de café, lee un anuncio de periódico “se solicita historiador joven, conocedor del francés” cosa que llamó su atención, sobre todo por sentirse capacitado al saber que cumple con las características requeridas para ejercer dicho trabajo, por su vasto conocimiento en el francés. Al día siguiente vuelve a leer el anuncio de periódico y puede notar como la oferta monetaria por realizar dicho trabajo había aumentado, esto le hace decidirse e ir en búsqueda de aquello. La atracción de Consuelo comienza a funcionar: los movimientos de la “hechicera” son efectivos. Comienza la historia ya previsible desde Consuelo.

En nuestro análisis, consideramos este acontecimiento como “el llamado” hacia Felipe donde “Solo falta que las letras más negras y llamativas del aviso informen: Felipe Montero. Se solicita Felipe Montero” (Fuentes, 1990, p. 191).

Felipe se dirige a ese lugar recóndito, en principio motivado por el dinero que podría ganar. Desde ese momento el personaje se encuentra con otro espacio-mundo distinto, desde su mirada allí todo es antiguo y obsoleto:

(...) viejos palacios coloniales convertidos en talleres de reparación, relojerías, tiendas de zapatos, y expendios de aguas

frescas. Las nomenclaturas han sido revisadas, superpuestas, confundidas. El 13 junto al 200, el antiguo azulejo numerado 47 encima de la nueva advertencia pintada con tiza: *ahora*: 924... Las ventanas ensombrecidas por largas cortinas verdosas (Fuentes, 1990, p. 192).

Inmediatamente y de manera repentina sucede ese cambio entre los dos mundos que pasan rápidamente por sus ojos:

(...) antes de entrar miras por última vez sobre tu hombro, frunces el ceño porque la larga fila detenida de camiones y autos gruñe, pita, suelta el humo insano de su prisa. Tratas inútilmente de retener una sola imagen de ese mundo exterior indiferenciado. Cierras el zaguán detrás de ti e intentas penetrar la oscuridad (Fuentes, 1990, p. 192).

Al entrar en la casa se encuentra con otro mundo completamente distinto al que había habitado hasta ese momento, al ingresar en ese espacio los sentidos cambian dentro de la trama, pues se cruza la frontera que diferencia un lugar de otro y cuya delimitación está bien marcada en la novela, de esta manera la frontera es definida por Lotman como:

(...) la separación de lo propio con respecto a lo ajeno, el filtrado de los mensajes externos y la traducción de éstos al lenguaje propio, así como la conversión de los no-mensajes externos en mensajes, es decir, la semiotización de lo que entra de afuera y su conversión en información. (Lotman, 1996, p. 26).

El espacio de la ciudad es el externo con respecto al espacio de la casa Felipe cruza la frontera se traslada de la ciudad a la casa de donde nunca más saldrá. Al estar dentro una voz le anuncia hacia dónde dirigir sus pasos, cuál será la dirección a tomar, el nuevo habitante escucha y obedece pues ya ha sido atraído por la anciana, ya es una pieza más de ese rompe cabezas que a lo largo de la obra se ira armando hasta ser completado por Consuelo “Camine trece pasos hacia el frente

y encontrará la escalera a su derecha. Suba, por favor. Son veintidós escalones. Cuéntelos. Trece. Derecha. Veintidós” (Fuentes, 1990, p. 192).

Aparece así Consuelo quien es la dueña de la casa y siempre ha vivido allí, ella ha mandado a publicar el anuncio en el periódico, pues le urge traducir y completar las memorias de su ya fallecido esposo. Este “mandado” queda sobreentendido como uno de los poderes de Consuelo en su condición de atrayente de Felipe para su futura conversión en Llorente, la novela comienza a ser relata justo en el momento en que Felipe lee el anuncio “LEES ESE ANUNCIO: una oferta de esa naturaleza no se hace todos los días. Lees y relees el aviso” (Fuentes, 1990, p. 191).

Así mismo, Consuelo es el personaje que podemos llamar productivo de lo mítico habitante del espacio mítico; siempre está en función de los mismos recuerdos, en una constante evocación del pasado, habitando el mismo lugar, con todo esto da la impresión de haberse quedado perpetuada en el tiempo pasado, no se ha dado cuenta del auge de la ciudad, del progreso que ha alcanzado en el transcurrir del tiempo, la casa es un lugar circular, silencioso, oscuro y de viejos adornos; Consuelo no sale de su casa la cual representa su único mundo aun y cuando los avances de los alrededores la han dejado en la oscuridad, la casa es su refugio donde se siente protegida contra el olvido, su vida gira en torno a los acontecimientos del pasado, aquellos que ella mantiene encerrados entre esas paredes, con las puertas cerradas para que nunca salgan.

Por lo tanto, lo perteneciente a la casa no sale de allí y lo que está fuera no entra o por lo menos sin que Consuelo lo decida, con esto hace una marcada diferenciación entre lo propio y lo ajeno, lo interno y lo externo. De esta manera, al entrar a la casa, Felipe pasa a ser parte de lo propio para Consuelo y tendrá que aprender a movilizarse dentro de la casa, acostumbrarse a la oscuridad, salvo en su cuarto el único lugar donde entra la claridad,

la cual es necesaria para poder hacer el trabajo de lectura de las memorias.

Consuelo cuenta con la presencia de Aura “su sobrina” dentro de la casa, ambas mantienen una relación de reciprocidad, Aura actúa como su compañera fiel, la anciana por medio de Aura envía mensajes a Felipe. Lo condicionará a una campana tocada por Aura indicándole el momento de la comida, por ende, al llegar a la casa perderá la noción del mundo externo y del tiempo, ya no necesitará del reloj para ubicarse en el transcurrir de los días, ahora permanecerá en esa casa oscura y se convertirá en una pieza manejada por la anciana Consuelo, puesto que, tanto Felipe como Aura son bien conocidos por la anciana lo cual le permite disponer de ellos y hacer predecibles sus actos.

Por su parte, Aura, se configura fundamental para lograr la estadia de Felipe en la casa. Ella es quien logra retenerlo dentro, representa una especie de seducción para Felipe y es otra de las piezas en el rompecabezas de Consuelo. Una joven de enorme belleza, y gran sutileza con lo cual seduce y retiene a Felipe, Aura también es habitante de la casa y en todo el transcurso de la novela tampoco se vincula con el mundo exterior, siempre ha estado dentro de la casa acompañando a la anciana fielmente por ello se deduce una relación de reciprocidad entre Aura y Consuelo.

Dentro de la casa, se describen dos habitaciones, la habitación de la anciana que tiene dentro la recámara de Aura, es decir, tienen una co-habitación, la habitación de la anciana está repleta de santos, crucifijos y otros instrumentos de hechicería, es el lugar del rito, sagrado para la anciana donde reside su poder de magia y creación, allí también se ubica Aura por ende es una habitación compartida. En la otra habitación se encuentra Felipe el único lugar donde entra la claridad, solo allí sus ojos tienen la libertad de observar a diferencia del resto de la casa la cual debe aprender a reconocer por medio del tacto y la intuición.

Por ende, la casa es el espacio mítico y centro de la novela allí todo está en función de los mismos acontecimientos, el pasado regresa continuamente, se vive un pasado presente rompiendo con el tiempo lineal, y se instaura el tiempo circular, por lo tanto, el tiempo pertenece a un origen alterno y opuesto a la modernidad. Dos mundos separados por una puerta-frontera, al salir de la casa el tiempo de la modernidad, los grandes edificios, construcciones, avances. Sin embargo, dentro de la casa nos encontramos con el tiempo cíclico, siempre en correspondencia con el pasado. Algo que la anciana ha previsto siempre pues ha estado sumergida en sus recuerdos, defendiendo su espacio para conserva lo más anhelado de su vida y se niega a vivir de otra manera

(...) Es que nos amurallaron, señor Montero. Han construido alrededor de nosotras, nos han quitado la luz. Han querido obligarme a vender. Muertas antes. Esta casa está llena de recuerdos para nosotras. Solo muerta me sacarán de aquí... (Fuentes, 1990, p. 199).

La idea de futuro está vedada para los habitantes del espacio mítico, Consuelo y *Aura* ignoran este concepto conocido por los habitantes de la ciudad, juntas logran atraer la modernidad, atraer a Felipe quién aun y cuando habitaba en la era de la modernidad pasa a ser poseído por lo mítico y convertido en uno más de sus habitantes. Se instaura dentro de la trama una historia que gira en función de lo mítico, lo moderno es absorbido por lo mítico, que lo apropia y/o convierte, haciendo que todo retorne al origen, en tal sentido lo mítico actúa de manera avasallante sobre lo moderno.

Lo mítico y su poder de posesión sobre lo moderno.

Lo mítico corresponde a la idea de permanencia en el tiempo, la consagración de los acontecimientos en el tiempo, su recuperación. El mito se presenta como el origen de todo lo perteneciente al cosmos, por ende, los mitos constituyen un enorme poder

para las colectividades, otorgan conocimientos y esclarecen los espacios oscuros que puedan abordar la mente de los hombres, generan conocimientos sobre la vida, por lo que, Mircea Eliade establece:

(...) conocer el origen de un objeto, de un animal de una planta, etc., equivale a adquirir sobre ellos un poder mágico, gracias al cual se logra dominarlos, multiplicarlos o reproducirlos a voluntad. (Eliade, 1968. p. 21).

De tal manera, los mitos constituyen conocimientos sobre el mundo y el cosmos. Dentro de la novela que nos ocupa, nos encontramos con un mundo mítico representado por la casa de Consuelo y sus habitantes, un lugar donde no existen relojes ni calendarios, solo el recorrido de un tiempo circular signado por la monotonía y los frecuentes recuerdos de la anciana. En esta casa el tiempo se hace original, la fuerza de Consuelo es la fuerza que produce el tiempo "primordial". Sobre este tiempo Eliade nos indica: "que no se vive ya en el tiempo cronológico, sino en el tiempo primordial, el tiempo en el que el acontecimiento tuvo lugar por primera vez" (Eliade, 1968, p. 26).

Por lo tanto, vivir el tiempo mítico es estar en una constante evocación al pasado, los acontecimientos retornan reactualizándose periódicamente, permitiendo la recuperación de los hechos sucedidos en un origen y para ello el tiempo se presenta de manera circular. Lo mítico escapa de lo moderno, entonces: "Vivir" los mitos implica, pues, una experiencia verdaderamente "religiosa" puesto que se distingue de la experiencia ordinaria, de la vida cotidiana" (Eliade, 1968, p. 25).

En *Aura* la historia ocurre a su manera. La novela prepara los acontecimientos para que la historia sea posible desde su propia dinámica interna, su base cultural radica en lo mitológico, esto es, lo que permite en Consuelo la fuerza para llevar a Felipe desde la Ciudad, cuna de la modernidad, hasta la casa mítica, cuna del mito y de esta manera

le sea posible la transformación de Felipe en el general Llorente. Consuelo es quien tiene el poder dentro de la casa mítica y dirige a sus demás acompañantes, por un lado, Aura es la compañera fiel, quien siempre está pendiente de la anciana, por otro lado, Felipe desde que entra a la casa es conducido por la anciana, quién le anuncia hacia donde caminar y qué es lo que deberá hacer dentro de la casa “Camine trece pasos hacia el frente y encontrará la escalera a su derecha. Suba, por favor. Son veintidós escalones. Cuéntelos. Trece. Derecha. Veintidós” (Fuentes, 1990, p. 192). Y más adelante “Yo le informaré de todo. Usted aprenderá a redactar en el estilo de mi esposo” (Fuentes, 1990, p. 194). Por ende, Consuelo dirige y actúa sobre los personajes.

La anciana convoca a Felipe personaje representativo de lo moderno y todo lo que a esto se refiere: lo racional, lo científico. Logra poseerlo y convertirlo al traerlo al espacio mítico cargado de recuerdos, aparece el personaje del general Llorente, con ello se da la conversión del personaje de Felipe pasando a ser Llorente. La trama narrativa postula una dualidad y un juego entre ellos, pues Felipe se reconoce otro, se reconoce en el general Llorente, los planos de la enunciación se invierten, el pasado regresa encarnado en otro ser, en otro cuerpo, los recuerdos retornan para atravesar un cuerpo sin noción de vejez, pero que estuvo en ese espacio siendo otro cuerpo, Felipe retorna a través de la memoria a un tiempo remoto donde acontecieron una serie de sucesos dando esto explicación a muchas de sus interrogantes.

Consuelo recurre a la hechicería lo cual responde a prácticas ritualizadas dentro de las culturas arcaicas, entendamos por culturas arcaicas aquellas de los hombres primitivos ocupantes de la tierra antes del auge de la modernidad los cuales poseían enormes conocimientos sobre la naturaleza y el cosmos. A este respecto citemos a Eliade: “los “primitivos” reflejan aún un estado primordial. Se trata, a lo más, de sociedades en las que los mitos están aún vivos y fundamentan

y justifican todo el comportamiento y la actividad del hombre” (Eliade, 1968, p. 11).

Entonces, Consuelo es representante de dicha cultura y recurre a estas prácticas poderosas con lo que logra la encarnación de Llorente en Felipe y la creación de Aura. El cuarto de la anciana está repleto de elementos con los que realiza dicha actividad “... veladora, colocada sobre repisas y entrepaños de ubicación asimétrica. Levemente, iluminan otras luces que son corazones de plata, frascos de cristal, vidrios enmarcados” (Fuentes, 1990, p. 193). Aunado a esto, una serie de plantas: “... las hierbas olvidadas que crecen olorosas, adormiladas: las hojas anchas, largas, hendidas, vellosas del beleño: el tallo sarmentado de flores amarillas por fuera, rojas por dentro; las hojas acorazonadas y agudas de la dulcamara; la pelusa cenicienta del gordolobo” (Fuentes, 1990, p. 209).

La magia cubre los espacios de la novela, Aura es producto de esa magia realizada por Consuelo quien logra crearla “Si, si, si he podido: la he encarnado, puedo convocarla, puedo darle vida con mi vida” (Fuentes, 1990, p. 215), por ende, lo mítico dentro de la novela supera la lógica racional, científica, puesto que, se crean otros mundos y otras vidas a partir de la imaginación creadora, en una especie de laboratorio, donde se ensayan otras formas de mundos posibles tal como lo señala Ricoeur:

El mundo de la ficción, es un laboratorio de formas en el cual ensayamos configuraciones posibles de la acción, para poner a prueba su coherencia y plausibilidad. En esta experimentación con los paradigmas depende de lo que llamamos antes la imaginación productora (Ricoeur, 2001, p. 21).

En tal sentido, el tiempo moderno se consume en el tiempo mítico, este lo posee y lo convierte, todo ha surgido de un origen al cual retorna, los personajes giran en torno a ese origen, siendo pertenecientes a ese lugar, la vida circula en función del pasado constante, Consuelo y Llorente son respectivamente

Aura y Felipe, ellos hacen posible que la historia de amor vivida tiempo atrás cuando eran esposos se reactúale dentro de la casa, el círculo representado por Consuelo y Llorente se ha roto con la muerte de Llorente, por lo tanto, es necesario que comience nuevamente la historia y para ello están Aura y Felipe, dando garantía de lo mítico, lo cual a su vez se establece como el eterno retorno. Los personajes se invierten continuamente, es decir, Aura pasa a ser Consuelo y Felipe pasa a ser Llorente:

Al separarte, agotado, de su brazo, escuchas su primer mormullo: “Eres mi esposo”. Tu asientes, ella te dirá que amanece; se despedirá diciendo que te espera esa noche en su recámara. Tú vuelves a asentir, antes de caer dormido, aliviado, ligero, vaciado de placer, reteniendo en las yemas de los dedos el cuerpo de Aura, su temblor, su entrega: la niña Aura. (Fuentes, 1990, p. 204).

El mito instaura el mismo tiempo, y con ello los mismos personajes, todo retorna en la dinámica circular de los acontecimientos. Al respecto citemos a Eliade:

El mito de la repetición eterna... tiene el sentido de una suprema tentativa de “estatización” del devenir, de anulación de la irreversibilidad del tiempo. Al repetirse los momentos y todas las situaciones... en la perspectiva de lo infinito cada momento y cada situación permanece en su lugar (Eliade, 2001, p. 138).

De esta manera, el mundo mítico tiene preeminencia sobre el moderno, lo cósmico avasalla lo científico, atrayéndolo, reteniéndolo y convirtiéndolo, al tiempo que le confiere una memoria del pasado. El personaje de lo moderno queda anulado dentro de la historia textual, quien en realidad es la encarnación de un personaje que ocupó ese mismo lugar en algún momento del ciclo temporal de la novela, esto lo logra comprender Felipe al final del relato, considerando sus vivencias en ese mundo moderno y su juventud como una especie de máscara al descubrirse otro:

La cabeza te da vueltas, inundada por el ritmo de ese vals lejano que suple la vista, el tacto, el olor de plantas húmedas y perfumadas: caes agotado sobre la cama, te tocas los pómulos, los ojos, la nariz, como si temieras que una mano invisible te hubiese arrancado la máscara que has llevado durante veintisiete años: esas facciones de goma y cartón que durante un cuarto de siglo han cubierto tu verdadera faz, tu rostro antiguo, el que tuviste antes y habías olvidado (Fuentes, 1990, p. 215).

La lectura de las memorias facilitadas por Consuelo le permitirán a Felipe descubrir su verdadera identidad y su verdadero origen, ¿quién es en realidad?, ¿qué hace en ese lugar?, ¿quién es Consuelo? y ¿quién es Aura?, todo lo va esclareciendo con la traducción de las memorias. Al traducir irá reconstruyendo esa historia y haciéndose partícipe de ella “Revisas todo el día los papeles, pasando en limpio los párrafos que piensas retener, redactando de nuevo los que te parecen débiles, fumando cigarrillo tras cigarrillo” (Fuentes, 1990: 202). En ese ejercicio realiza un viaje hacia el pasado que partirá desde la infancia del genera Llorente, hasta llegar a lo que necesita saber.

Por lo tanto, al entrar Felipe a la casa, el mundo moderno y el tiempo lineal se esfuman, a partir de ese momento todo circula en torno a lo mítico y la evocación del pasado, los recuerdos vuelven y con ellos los personajes en esa dualidad Consuelo – Aura, Llorente – Felipe, con una estrecha relación de reciprocidad.

Relación isomorfa entre los personajes.

Dentro de la novela encontramos en principio 4 personajes: Consuelo, Llorente, Aura y Felipe, ubicados en un espacio y en un tiempo dentro del ciclo mítico. En el transcurso de la narración se configura una estrecha correspondencia entre los personajes: Consuelo – Aura → Llorente – Felipe, proyectándose la ipseidad y la mismidad narrativa. El idem de uno es el ipse del otro y se convierte en el proceso mágico de la

novela en un posible sí mismo. Consuelo opera místicamente como la ordenadora de su propio ipse (Aura) y el ipse de Llorente (Felipe). Para ello recurre a la magia creando a Aura y encarnando a Llorente en Felipe. En este proceso creador, narrativamente se nos explica poco, pero efectivamente es producto de la magia practicada por la anciana, pues la novela tiene su propia dinámica interna, dentro de ella ocurren cosas que se dejan a la imaginación del lector.

Por lo tanto, Consuelo y Aura son dos personajes cuya relación es recíproca, ambas representan una metáfora de la duplicación donde el ídem y el ipse tienen un importante papel. Es necesario mencionar que la identidad está definida como las características propias de cada persona, de ello se deriva la teoría del *ídem* y del *ipse* propuesta por Ricoeur. Veamos: “La identidad- ipse pone en juego una dialéctica complementaria de la ipseidad y de la mismidad, esto es, la dialéctica del sí y del otro distinto de sí” (Ricoeur, 1996, p. XIII).

Podemos comprender cómo en cada uno de ellos, por un lado, el *ídem* se plantea en función de un sí mismo, en semejanza con lo propio, lo auténtico. Aquellas características que definen a cada persona diferenciándola de las demás, siendo que “Identidad aquí significa unicidad: lo contrario es pluralidad (no una sino dos o más veces); a este primer componente de la noción de identidad corresponde la operación de identificación” (Ricoeur, 1996, p. 110). Por otro lado, el *ipse* se refiere a los cambios experimentados por el sujeto cuando lo otro interviene en el sí mismo:

(...) La ipseidad del sí mismo implica la alteridad en un grado tan íntimo que no se puede pensar en una sin la otra, que una pasa más bien a la otra... no solo de una comparación--- si mismo semejante a otro---sino de una implicación: sí mismo en cuanto... otro (Ricoeur, 1996, p. XIV).

De esta manera, la mismidad comprende al individuo en sintonía con lo propio, pasando necesariamente por su cuerpo, permanentemente amenazado por el ipse. Esto le confiere su carácter de autenticidad y perdurabilidad, no obstante, existen una serie de factores externos que se adhieren a los individuos en el proceso de interacción y socialización con los otros, produciendo de esta manera la ipseidad: cuando lo otro pasa a ser parte de sí mismo, el ipse se sedimenta en el ídem, el cuerpo vuelve al sí mismo con la asimilación del ipse. En este aspecto, Consuelo vuelve, desde su ídem, la fuerza de la magia, a otro, que es su ipse, en un ipse controlado, subsumido en su fuerza. La magia aquí es una acción que apasiona al cuerpo del otro. De tal manera, Aura es la ipseidad de Consuelo, es la otra, la joven, cuya vida se explica a partir de la de Consuelo, la anciana es quien apasiona el cuerpo de Aura y actúa a través de ella.

Ahora bien, en la novela, los personajes están duplicados, por lo que la identidad de Consuelo es isomorfa a la de Aura, ambas están estrechamente vinculadas entre sí, hasta el punto de realizar los mismos gestos y movimientos “...siempre, cuando están juntas, hacen exactamente lo mismo: se abrazan, sonríen, comen, hablan, entran, salen, al mismo tiempo, como si una imitara a la otra, como si de la voluntad de una dependiese la existencia de la otra” (Fuentes, 1990, p. 212). Se nos presenta con ello, la vida en función a lo mítico, es decir, la vida que vuelve a empezar; Aura es su creación, representa la prolongación de esta y la recuperación de su cuerpo en el tiempo “...por eso vive Aura en esta casa; para perpetuar la ilusión de juventud y belleza de la pobre anciana enloquecida” (Fuentes, 1990, p. 207). Aparece Aura como un personaje producto de la magia practicada por la anciana. Por ende, Aura personifica el eterno retorno, la eterna juventud que por medio de ella la anciana puede recuperar y poseer.

En este sentido, Aura y Consuelo representan dos cuerpos distintos poseídos por un mismo espíritu, la anciana apasiona el cuerpo de la joven, y logra acercarse a Felipe a través de ella. Felipe cree estar con Aura pero a su vez esta con Consuelo:

Buscas al despertar la espalda de Aura y solo tocas esa almohada, caliente aún, y las sábanas blancas que te envuelven... la señora Consuelo que te sonrío, cabeceando que te sonrío junto con Aura que mueve la cabeza al mismo tiempo que la vieja: las dos te sonrío, te agradecen. Recostado sin voluntad, piensas que la vieja ha estado todo el tiempo en la recámara; recuerdas sus movimientos, su voz, su danza, por más que te digas que no ha estado allí (Fuentes, 1990, p. 210-11).

Entonces, Consuelo y Aura están unidas en todo lugar y en todo momento, sin embargo, el *ipse* se hace presente desde la corporeidad, por un lado, el cuerpo de Consuelo es anciano y cansado “sus ojos cerrados detrás de los párpados colgantes, arrugados, blanquecinos: ves esas arrugas abolsadas de los pómulos, ese cansancio total de la piel” (Fuentes, 1990, p. 205). Por el otro, Aura un cuerpo joven y esbelto “ Aura vestida de verde con esa bata de tafeta por donde asoman... los muslos color de luna... sus dedos, su talle, no podía tener más de veinte años; la mujer de hoy y acaricias su pelo negro, suelto, su mejilla pálida” (Fuentes, 1990, p. 209).

De esta manera, ellas se asemejan y se diferencian respectivamente, por ello no pretendemos definir las como la misma persona, dentro de la novela no hay la existencia de dos seres completamente idénticos, de una u otra forma existen rasgos que las diferencian. A este respecto citemos a Lotman: “...ningún hombre es una copia de otro, pues se distingue por los datos psicofísicos, la experiencia individual, la apariencia externa, el carácter, etc” (Lotman, 1998, p. 37). En este caso tenemos un juego de dualidades, dos cuerpos distintos poseídos por las mismas pasiones y los mismos deseos, es decir, por un mismo espíritu.

En el otro plano, revisemos la relación de Llorente y Felipe. El primero es Llorente quien fuera el esposo de la anciana fallecido sesenta años atrás: “...mi marido el general Llorente...Murió hace sesenta años” (Fuentes, 1990, p. 194). De tal manera, surge Felipe un personaje salido de la modernidad, con características similares a la del general Llorente, ambos con un vasto conocimiento del francés y apasionados por la historia de los descubrimientos y conquistas españolas en América:

Allí leerás los nuevos papeles, la continuación... El general Llorente... arenga a los hombres de honor contra el monstruo republicano, ve en el general Boulanger un rayo de esperanza, suspira por México, siente que en el caso Dreyfus el honor - siempre el honor - del ejército ha vuelto a imponerse... (Fuentes, 1990: 214).

De igual forma, Felipe tiene interés por escribir acerca de la historia Americana:

Si lograras ahorrar por lo menos doce mil pesos, podrías pasar cerca de un año dedicado a tu propia obra, aplazada, casi olvidada. Tu gran obra de conjunto sobre los descubrimientos y conquistas españolas en América. Una obra que resuma todas las crónicas dispersas, las haga inteligibles, encuentre la correspondencia entre todas las empresas y aventuras del siglo de oro, entre los prototipos humanos y el hecho mayor del Renacimiento (Fuentes, 1990, p. 202).

Por lo tanto, en ambos personajes encontramos rasgos similares muy marcados, coincidiendo con la personalidad de ambos, al igual que en Consuelo y Aura, dejando ver una estrecha relación de reciprocidad entre ellos. Una reciprocidad dirigida, deseada, ordenada desde la voz mágica encarnada por el centro productor de la magia: Consuelo es metáfora y personaje de tal ordenación.

Al llegar a la casa, Felipe irá adquiriendo su nueva identidad, mediante el avance en el relatar de la historia, cosa que el mismo Felipe hará al traducir las memorias,

equivaliendo estas a su propia memoria, entonces, llegado el momento crucial de la trama Felipe será el narrador, quien irá contando los acontecimientos que en ella se descubren. Consuelo es quien le va facilitando gradualmente los documentos “puede usted empezar a leer esta parte. Ya le iré entregando las demás” (Fuentes, 1990, p. 199). De esta manera, al finalizar la traducción de los documentos Consuelo le hace comprender quién es en realidad.

Junto a los documentos Felipe consigue unas Fotografías, a través, de las cuales se reconoce como el general Llorente “Pegas esas fotografías a tus ojos, las levantas hacia el tragaluz: tapas con un mano la barba blanca del general Llorente, lo imaginas con el pelo negro y siempre te encuentras, borrado, perdido, olvidado, pero tú, tú, tú” (Fuentes, 1990, p. 215). En tal sentido, Felipe vive un proceso de conversión al encontrar su otra identidad volviendo al origen, un momento tormentoso y de confusión para el personaje: “Escondes la cara en la almohada, tratando de impedir que el aire te arranque las facciones que son tuyas, que quieres para ti” (Fuentes 1990, p. 215). En este momento, el Felipe controlado es quien narra los acontecimientos que dan explicación a la novela, al traducir las memorias comienza para él un viaje de retorno, viaje hacia el pasado, por ende, la novela se narra en función al pasado, lo sucedido anteriormente es lo que permite conocer y comprender el presente de la trama, pues todo gira en función a los hechos ocurridos en un principio.

Se rompe con el tiempo lineal, el pasado retorna al presente y el presente al pasado. Felipe desde la memoria vuelve atrás a su vida pasada siendo el general Llorente, en este punto la novela da un giro eminentemente mítico, ahora Felipe no solo descubre que es Llorente, sino además descubre que Aura también es Consuelo, quienes estuvieron allí tiempo atrás, el cual paradójicamente es el mismo tiempo pero reactualizado. Los personajes vuelven encarnados en otro cuerpo

“Verás, en la tercera foto a Aura en compañía del viejo, ahora vestido de paisano, sentados ambos en una banca, en un jardín. La foto se ha borrado un poco: Aura no se verá tan joven como en la primera fotografía, pero es ella, es él, es... eres tú” (Fuentes, 1990, p 215).

Felipe va abriendo el camino hacia el desenlace de la novela, en este recorrido se comprende a sí mismo y a los demás personajes, puesto que, la respuesta yacía en el pasado, ahora Consuelo ha logrado armar el gran rompecabezas, colocando cada pieza en su lugar, todos pertenecientes al mundo mítico habitante de la casa; Consuelo y Llorente sus primeros habitantes, pero la muerte de Llorente rompió el ciclo mítico por lo que es necesaria su reactualización, para esto la anciana hace aparecer a Aura y Felipe, quienes representan el regreso y garantizan con ello la continuidad de la historia amorosa mítica, Consuelo expresa que Aura es quien representa la juventud y siempre deberá volver: “...la memoria de la juventud, la memoria encarnada. Volverá Felipe, la traeremos juntos, deja que recupere fuerzas y la haré regresar...” (Fuentes, 1990, p. 217). Es la alusión al tiempo mítico y circular del “eterno retorno” presente en la novela, dejando entrever los alcances ficcionales que posee la trama.

La magia y la imaginación creadora

La novela tiene su relevancia en su inmensa facultad de abrir espacios a las posibilidades, creando mundos a partir de la ficción, experimentando nuevos valores y nuevas formas de estar en el mundo. De esta manera, veamos lo planteado por Milán Kundera:

La novela no examina la realidad, sino la existencia. Y la existencia no es lo que ya ha ocurrido, la existencia es el campo de las posibilidades humanas, todo lo que el hombre puede llegar a ser, todo aquello de que es capaz (Kundera, 1986, p. 54).

El hombre es por excelencia un ser creativo e imaginativo, siempre en la búsqueda de experiencias nuevas que escapen a lo meramente verosímil, por lo tanto,

incursionar en otros espacios, otros mundos y otras formas de vida le es realmente interesante y apasionante debido a su enorme don denominado imaginación creadora. En tal sentido Paul Ricoeur define la imaginación creadora como:

(...) un libre juego con las posibilidades, en un estado de no compromiso con respecto al mundo de la percepción o de acción. En este estado de no compromiso ensayamos ideas nuevas, valores nuevos, nuevas maneras de estar en el mundo (Ricoeur, 2001, p. 203).

La novela es expresión humana que recoge los mundos anhelados por el ser humano, con lo que vive experiencias distintas a las de su cotidianidad permitiéndole vivir aquello que quiere, por ende, la imaginación constituye una vía para el hombre, a través del cual alcance su libertad más allá de lo físico-material trascendiendo desde su espiritualidad. En este sentido, citamos a Lotman para decir: “La auténtica esencia del ser humano no puede revelarse en la realidad. El arte lleva al ser humano al mundo de la libertad y con ello mismo le revela las posibilidades de sus acciones” (Lotman, 1999, p. 205).

En *Aura* la imaginación creadora y la magia como producto de ella alcanzan su máxima expresión. Consuelo es la practicante de esa magia, ella tiene el poder para atraer, crear y transformar lo que le es menester, a su justa medida y a su justa manera. Desde un principio nos da a conocer los alcances de ese poder que solo ella posee dentro de la novela, pues logra atraer a Felipe hacia la casa y, una vez dentro, retenerlo, haciendo que este se sienta encantado y atrapado con la presencia de Aura, quien aparece de manera repentina e imprevista delante de Felipe y en ese preciso momento él decide aceptar quedarse a vivir en la casa:

Miras a un lado y la muchacha está allí, esa muchacha que no alcanzas a ver de cuerpo entero porque esta tan cerca de ti y su aparición fue imprevista, sin ningún ruido... al fin, podrás ver esos ojos de mar que fluyen, se hacen espuma,

vuelven a la calma verde, vuelven a inflamarse como una ola, tú los ves y te repites que no es cierto... esos ojos fluyen, se transforman, como si te ofrecieran un paisaje que solo tú puedes adivinar y desear. Si voy a vivir con ustedes (Fuentes, 1990, p.p. 194-95).

La joven Aura es creación de Consuelo, producto de la magia practicada por la anciana. Recordemos su “Si, si, si he podido: la he encarnado, puedo convocarla, puedo darle vida con mi vida” (Fuentes, 1990, p. 215). Consuelo le ha otorgado radiante belleza, por ende, Aura es descrita como una joven hermosa y encantadora capaz de seducir a Felipe. De allí que, Consuelo tiene el poder mágico para crear a otro ser a su manera, por medio del cual puede seducir a Felipe para que se quede en la casa. En este punto aparece la imaginación creadora como uno de los ejes principales de la novela, mostrándonos otros mundos de posibilidades donde se engendran nuevas formas de vida.

Para hacer esto posible, la anciana utiliza una serie de ramas y plantas con lo que realiza su oficio de hechicería la cual interpretamos como un proceso mágico y productor basado en una serie de rituales con efectos de transformación y creación. De tal manera, las fuerzas poderosas de la naturaleza son conocidas por Consuelo quien las utiliza a su favor. Aunado a esto, dentro de la casa tiene un altar repleto de imágenes y santos con los que realiza sus ritos:

(...) esa imagen central rodeada por las lágrimas de la Dolorosa, la sangre del Crucificado, el gozo de Luzbel, la Cólera del Arcángel, las vísceras conservadas en frascos de alcohol, los corazones de plata: la señora Consuelo, de rodillas, amenaza con los puños, balbucea las palabras que, ya cerca de ella puedes escuchar: Llega, Ciudad de Dios; suena, trompeta de Gabriel; ¡Ay pero como tarda en morir el mundo!. Se golpeará el pecho, hasta derrumbarse, frente a las imágenes y las veladoras, con un acceso de tos (Fuentes, 1990, p. 199).

Consuelo recurre a la hechicería, haciendo con ello una exaltación a la cultura mística arcaica, aquella de los primitivos quienes vieron en la naturaleza grandes fuerzas que podían utilizar para crear a partir de ella cosas sobrenaturales. Los primitivos las contemplaban con mucha devoción, esta práctica aún se conserva en muchas culturas influenciadas por sus antepasados, en tal sentido Eliade expresa: “Por el mismo hecho de relatar el mito las gestas de los seres sobrenaturales y la manifestación de sus poderes sagrados, se convierte en el modelo ejemplar de todas las actividades humanas significativas” (Eliade, 1968, p. 13). Entonces, se caracterizan por tener un vasto conocimiento de todo lo perteneciente a la naturaleza y las cosas que pueden lograrse mediante la misma.

Consuelo tiene conocimiento de cómo utilizar estas fuerzas procedentes de la naturaleza y de los santos, estos últimos que ocupan un lugar especial dentro de la casa. El altar es considerado como un lugar sagrado. Tal como lo señala Michelet en el libro titulado *La bruja*: “Los santos esos seres amados, los hijos de la casa, se mueven poco, contemplan, sueñan, esperan esperando, seguros como están de su parte de escogidos” (Michelet, 1984, p. 30). La anciana realiza con ello prácticas ritualizadas, con lo que adquiere y aplica un poder mágico, estando por encima de todos los que habitan en el mundo mítico.

Por ende, Consuelo desde su pasión fémica representa un ser ingenioso cuyos deseos no conocen límites, yendo más allá de lo meramente material, traspasa sus fronteras, deja volar la imaginación y alcanza otros lugares. Citemos nuevamente a Michelet :

(...) la mujer se ingenia, imagina, crea sueños y dioses. Es vidente en su ocasión; tiene dos alas infinitas, las alas del deseo y de la soñadora fantasía. Para contar mejor el tiempo observa el cielo... Con los ojos puestos en las amorosas flores, flor ella también, hace

con las flores conocimiento personal y como mujer les pide virtud para curar a los que ama (Michelet, 1984, p. 21).

Entonces, la magia practicada por la anciana hace posible la creación de Aura y la aparición de Felipe, ambos con las mismas características físicas y facciones a las que tuvieron alguna vez Consuelo y Llorente cuando eran jóvenes, por esto, la historia es eminentemente mítica pues los personajes vuelven a aparecer, reactualizando el ciclo amoroso dentro de la casa, Consuelo es la que se encarga de esto, desde ella la historia es predecible conoce a los personajes y por ende sus actuaciones y movimientos.

Consuelo tiene el poder de revertir el tiempo, hacer que el pasado regrese mostrándose como presente y, de esta manera, recupera el comienzo, el poder de Consuelo supera el poder transitorio del tiempo, pues, el tiempo lineal queda anulado. Sólo se sabe de un tiempo mítico circular el cual regresa periódicamente al origen:

No volverás a mirar tu reloj, ese objeto inservible que mide falsamente un tiempo acordado a la vanidad humana... Una vida, un siglo, cincuenta años: ya no te será posible imaginar esas medidas mentirosas, ya no te será posible tomar entre las manos ese polvo sin cuerpo (Fuente, 1990, p. 215).

Consuelo obra para que en la casa todo se mantenga como aconteció en un principio y, en ese constante proceso giratorio los acontecimientos se repiten una y otra vez según su designio, el poder de Consuelo rompe con las medidas del tiempo, transforma y crea otras realidades en contra del olvido y de la muerte, pues mantiene su juventud mediante Aura y a través de Felipe vuelve a tener a Llorente.

Aura es una novela abierta a las posibilidades con un infinito escenario simbólico, mostrándonos de cierta manera mediante su trama, rasgos de la cultura, pues en la cultura hacen vida una serie de leyendas y mitos muy arraigados al sentir colectivo.

Por ende, la cultura está estrechamente vinculada con la literatura. Así mismo, existe la creencia en lo sobrenatural y en el sabio poder de la naturaleza a partir del cual se puede crear y transformar las cosas. Al hablar de *Aura*, hablamos del gran repertorio de mitos instaurados en cada cultura. Las culturas practican rituales para garantizar, mantener y recuperar aquello que le es propio, no existe cultura sin mitos, pues ellos les generan sentido de identidad y deben practicarlos indefinidamente dentro de las culturas para que no se pierda, ni se olvide. Según Mircea Eliade (1968) para los individuos de las culturas los mitos son de inapreciable valor, sagrados, ejemplares y significativos. Estos rasgos culturales son adaptados a la narrativa permitiéndonos que el sentido cultural del hombre nunca desaparezca, sino se convierta en un valor artístico.

Dicha novela nos da todas las herramientas para configurar un conjunto de realidades posibles desde su propia lógica. La magia desplegada nos muestra un discurso de creación y transformación, cuyo trasfondo simbólico posee un mensaje que va contra del envejecimiento y la muerte, además de la libertad del espíritu, siempre en la búsqueda de la trascendencia sobrepasando lo efímero de la materia.

Hemos abordado una novela donde se destaca el sentido humano en su aspecto físico-espiritual, aquí lo espiritual traspasa los límites de la materia, el tiempo es revertido a partir de lo cual se crean nuevas formas de vida, mediante el inmenso poder creador de la imaginación y las fuerzas de la naturaleza. Consuelo representa el personaje de la trascendencia, sobrepasa lo deleznable de la materia, traspasa su espíritu al cuerpo de la joven Aura, revierte la muerte recuperando a Llorente mediante Felipe.

Aunado a esto, mantiene la vitalidad, pues nunca declina su pasión por la vida, es un personaje que no conoce de la muerte ni del olvido, para ella no existe el tiempo lineal que pasa y con ello la vida va quedando atrás, Consuelo se revela contra ello perpetuándose

en un tiempo circular para no dejar de sentir, de existir, de ser.

En esta novela, hemos indagado e interpretado uno de los múltiples discursos presentados en su universo semiótico, con ello afirmamos lo ilimitado y abierto del pensamiento humano, donde los límites del mundo para cada quien, son los límites de su imaginación.

Referencias bibliográficas:

- Fuentes, C. (1990). *La muerte de Artemio Cruz*, Aura. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Kundera, M. (1988). *El arte de la novela*. Turquest Editores, España.
- Lotman, I. (1996). *La semiósfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. (Selección y traducción del ruso de Desiderio Navarro) Editorial Cátedra S.A., Madrid.
- _____. (1988). *La semiósfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. (Selección y traducción del ruso de Desiderio Navarro) Editorial Cátedra S.A., Madrid.
- _____. (1999). *Cultura y explosión- lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- Michelet J. (1984). *La bruja*. Editorial Labor. Barcelona.
- Mircea, E. (1968). *Mito y Realidad*. Editorial Labor, S.A., Barcelona.
- Paul, R. (1996). *Tiempo y Narración III. El tiempo narrado*. (Traducción al español de Agustín Neira). Ediciones Cristiandad, México.
- _____. (2001). *Del texto a la acción*. Fondo de cultura Económica, Barcelona.